

DISCURSO

DEL ACADEMICO DR. MARCEL GRANIER-DOYEUX EN CON-
TESTACION AL DR. JOSE LORENZO PRADO C. CON MOTIVO
DE SU INCORPORACION A LA ACADEMIA DE CIENCIAS
FISICAS, MATEMATICAS Y NATURALES

Señor Presidente de la Academia de Ciencias Físicas,
Matemáticas y Naturales.
Señores Académicos,
Señoras, Señores:

Hay deberes cuyo cumplimiento es timbre de honra y motivo de bien justificado orgullo! Entre ellos debe contarse el que imponen nuestras Academias Nacionales a uno de sus Individuos de Número, al encomendarle hacer el juicio reglamentario del trabajo del nuevo Miembro que se les incorpora. Pero, si honroso es tal deber, resulta igualmente gratísimo, cuando, como sucede en esta ocasión, se trata además de dar la bienvenida a un amigo y colega de relevantes méritos. Debo, por lo tanto, manifestar hoy a mis compañeros de la Academia de Ciencias Físicas, Matemáticas y Naturales, una gratitud sincera por el insigne honor y por el inmenso placer que significan para mi modesta persona el apreciar la labor y el presentar ante vosotros la personalidad de mi dilecto amigo, el doctor José Lorenzo Prado. Nexos indisolubles de una antigua y cordialísima amistad me unen al recipiendario y es para mí motivo de excelso regocijo el cumplir tan grato deber.

En la cálida tierra apureña y en la procera ciudad de San Fernando, vio la luz primera este auténtico "llanero" que lleva por nombre el de José Lorenzo Prado Castillo, hijo del honorabilísimo hogar fundado en la histórica villa apureña por Don Froilán Prado y Doña Maria de Jesús Castillo D'Enjoy.

Para quienes creemos en la indiscutible influencia de los facto-

res ecológicos sobre las características y la formación de la personalidad, nada más grato que el poder probar con ejemplos la veracidad de nuestra creencia. En efecto, el hombre cuyo elogio me ha tocado, por suerte, hacer hoy públicamente, refleja en sus rasgos más sobresalientes la influencia del medio ambiente donde un hado benevolente le hizo nacer.

El vasto llano, quemado del sol, con sus amplios horizontes, sus espléndidas auroras tropicales, sus noches claras y tibias, de cielo salpicado de luceros que, en los caños, se reflejan, ofrece un panorama de hermosura incomparable en toda la amplitud de su dilatada extensión. Pero, si majestuosa es la naturaleza en estas regiones de tan peculiar fisonomía, recia es la lucha del “llanero” cuando tiene que enfrentarse a la inclemencia de los elementos. Y es precisamente esta lucha sin fin la que ha engendrado un tipo de personalidad de rasgos bien definidos, la del “llanero” que, al igual de Cantaclaro, repite las coplas que la llanura le inspira, cuando él “se la queda mirando”.

El sol ardiente del verano borra todo verdor y el hombre de la llanura, por boca de uno de sus mejores vates (*), nos dice de:

“La trocha pelada y fija
Sin una ceja de monte.
El soleado horizonte
le puso al campo sortija”.

Durante esta larga estación, el agua de un “jagüey” solitario y la sombra escasa de una “mata” son los ansiados oasis donde, tras cabalgar, llega el jinete:

“Por el camino sin caño
ni palma que le suspire...” (*)

Pero al llegar el invierno, crecen los inmensos ríos en armónica conjunción, y se desarrollan verdores sin término:

“Cuando en la *mata* florea
hasta la palmera trunca...” (*)

Estos milagros de la naturaleza son los que, a su vez, han hecho la complejidad del alma del “llanero”, con su emoción primitiva, su

don de asimilación intuitivo, su valor innato, su espontaneidad sugestiva, su anhelo de hacerse grato al amigo, a quien obsequia inapreciable estimación, su franqueza, su valor que desprecia el peligro y la muerte.

Es el llano la región que más ha sufrido de los inconcebibles vaivenes de nuestra inestable estructura, que más se ha resentido de nuestras profundas mutaciones y que ha padecido con mayor intensidad los vandálicos excesos de nuestros caudillajes políticos.

Pese a todos estos males, es el llano fuente inagotable de excelsos valores humanos, en lo cultural, en lo artístico, en lo científico, en lo social y en todo lo noble de nuestra gloria militar:

“...como el grito del Catire
en las Queseras del Medio,
como la Patria en el himno,
como el clarín en el viento...” (*)

La astucia innata, la lanza y el caballo, símbolos del “llano”, fueron los instrumentos que decidieron, en brillantes jornadas épicas, la suerte de la Patria naciente. San Fernando de Apure, cuna de próceres, alcanzó singular prominencia en la gesta emancipadora, escribiendo páginas vivas de historia venezolana.

Es contagiosa esta actitud del “llanero” ante la vida, actitud que se traduce en la espontaneidad de sus “coplas” y de sus “corrios”, que brotan de sus labios para contarnos de las “sábanas que sudan y hacen querer”, de los “ríos que se ponen guapos”, de la ternura de las “tierras paradas y muertas de sed”. Tan contagiosa que, el caraqueño, a quien ha tocado en suerte saludar y dar la bienvenida al amigo y colega “llanero”, sin poderlo remediar, lo imite hasta el extremo de que “...acabe diciendo en verso lo que empezó a conversar...” (*).

Señoras y Señores:

Perdonadme si he abusado de vuestra benevolencia al tratar de esbozar, con frases mal hilvanadas lo que tantos insignes cultivadores de nuestra hermosa lengua y de nuestra gloriosa historia han logrado hacer en prosa y en verso que nunca podré yo igualar.

(*) Alberto Arvelo Torrealba.

Después de las precedentes consideraciones que, como lo espero, nos han servido para interpretar las características fundamentales de la personalidad del beneficiario, voy ahora a resumir la trayectoria de su brillante carrera profesional y científica.

En el año de 1923, el joven José Lorenzo Prado, quien se había trasladado a Caracas, para cursar los estudios secundarios, obtiene el título de "Bachiller en Filosofía". En aquella época, la Farmacia se estudiaba en una Escuela que formaba parte de la Facultad de Ciencias Médicas y el título que se confería era el de "Farmacéutico", ya que no existían sino tres grados doctorales: el de Ciencias Políticas y Sociales, el de Ciencias Médicas y el de Ciencias Físicas y Matemáticas. Fue por tal motivo que, en 1929, José Lorenzo Prado obtuvo el título de "Farmacéutico". Algo semejante acaecía con los estudios de Química, carrera que se cursaba en la "Escuela de Expertos Químicos", en la que obtuvo Prado el título correspondiente, en 1930. En ese mismo año figuró como Miembro del Primer Congreso Venezolano de Farmacia.

En 1936, es designado para ocupar el cargo de "Químico analista" en el Laboratorio Nacional, dependencia del Ministerio de Fomento. Desde esa misma fecha, comienza a regentar la Cátedra de Mineralogía en la Escuela de Farmacia de la Universidad Central, a la que ulteriormente se anexará la de Hidrología y que Prado desempeñará hasta el mes de diciembre de 1958.

En 1939, es nombrado Sub-Director del Laboratorio Nacional, por ascenso y sin que mediaran otras influencias que la de sus propios méritos. En ese mismo año, figura como "Miembro adherente" del Comité Ejecutivo del Primer Congreso de la leche, en Caracas.

En 1941, habiendo sido creada la Facultad de Farmacia en la Universidad Central de Venezuela, obtiene el grado de "Doctor en Farmacia", tras la presentación de la tesis reglamentaria.

En 1942, se crea una Comisión que habrá de informar al Ministerio de Agricultura y Cría acerca de la posibilidad de fabricar alimentos balanceados, a base de materias primas nacionales y se designa al Doctor Prado para formar parte de ella. En ese mismo año, pasa igualmente a integrar la Comisión que se ocupó de estudiar el proyecto de creación del "Colegio de Farmacéuticos" y alcanza, por ascenso, el cargo de Director del Laboratorio Nacional, situación ésta que logra por sus múltiples méritos y por su amplia experiencia.

En 1943, es elegido Presidente de la Sociedad Venezolana de Química y entra a formar parte de la Comisión Organizadora de la Construcción de la "Casa del Farmacéutico".

En 1945, la Junta de Gobierno crea una "Comisión de Estudios para el Fomento de la Producción Nacional" y se designa, entre los miembros que habrán de integrarla, al Doctor Prado. En ese mismo año, toma parte activa, como Miembro Oficial, representante del Ministerio de Fomento, en el Congreso de Educación.

En 1951, recibe el nombramiento de Director de Investigaciones Químicas en el Ministerio de Minas e Hidrocarburos. Por segunda vez, es elegido Presidente de la Sociedad Venezolana de Química y es enviado a México por el Ministerio de Fomento, en calidad de Delegado Oficial para estudiar normas de calidad industrial. Viaja luego a Lima, como Delegado del Ministerio de Minas e Hidrocarburos, para representar a Venezuela ante el V Congreso Sudamericano de Química, con el carácter de Presidente de la Delegación y de Vice-Presidente de dicho Congreso. Pasa entonces a formar parte del Comité Organizador del VI Congreso y, a su regreso a Caracas, es nombrado Decano-Delegado de la Facultad de Farmacia y Química de la Universidad Central.

En 1952, la Universidad Central de Venezuela lo envía a los Estados Unidos de Norte América, para visitar varias Universidades. Más tarde, el Ministerio de Fomento le encomienda la tarea de visitar plantas de fabricación de antibióticos en ese mismo país, con miras a una posible instalación de ellas en Venezuela.

A su regreso, es elegido Presidente de la Comisión Nacional de Normas de Calidad Industrial.

En 1954, participa en el III Congreso Farmacéutico y Bioquímico Panamericano y en el V Congreso Brasileiro de Farmacia.

En 1955, es elegido Presidente del VI Congreso Latinoamericano de Química y Presidente también del Comité Permanente Latinoamericano de Química.

En 1957, la Sociedad Venezolana de Química, de la que había sido ya dos veces Presidente, lo elige para ocupar la Vice-Presidencia. Viaja a Washington, para tomar parte en el IV Congreso Panamericano de Farmacia y Bioquímica.

En 1958, desempeña la cartera de Minas e Hidrocarburos y vuelve a ser elegido Presidente de la Sociedad Venezolana de Química.

Todos estos datos que acabo de citar nos permiten hacernos una idea clara y precisa acerca de la valiosísima carrera de tan brillante profesional. Desde su época de estudiante, José Lorenzo Prado se había distinguido ya como cifra valiosa de nuestro mundo científico; prueba de ello son los numerosos diplomas de alumno sobresaliente que le fueron conferidos durante los años 1926 a 1929, el diploma de Preparador de la Cátedra de Farmacia Química, que obtuvo en 1927 y muchas otras distinciones universitarias. En 1950, recibió una condecoración universitaria de alta calidad, la medalla “Orden al mérito José María Vargas”. Al citar ésta, cabe recordar igualmente que el Doctor Prado ha sido honrado con la medalla de la “Orden 27 de Junio”, en su segunda clase y con la máxima recompensa que la República otorga a sus hijos esclarecidos, la “Orden del Libertador”, en su Primera Clase, condecoración que le fue otorgada en 1959.

Pertenece el Doctor Prado a numerosas Asociaciones científicas, profesionales y culturales, tanto nacionales como extranjeras, y ha publicado muchos trabajos científicos, especialmente entre los años 1931 y 1951.

Tal es, Señores, a grandes rasgos, la valiosa y muy honrosa hoja de servicios de este distinguido compatriota.

Paso ahora a comentar brevemente el trabajo de incorporación del Doctor Prado que, por los motivos antes mencionados, me ha tocado juzgar, en cumplimiento del deber que me ha sido asignado por la Academia, deber que considero un alto honor, dadas las dotes relevantes que adornan a la personalidad del recipiendario.

El Doctor Prado, en su discurso de hoy, ha acatado la norma tradicional, tan sabia y tan justa, impuesta por la Academia, que consiste en hacer el elogio de su ilustre predecesor. “*Vita enim mortuorum in memoria vivorum posita est*” (La vida de los muertos reposa en la memoria de los vivos), escribía Cicerón. Muy presente ha debido hallarse en la mente de nuestros fundadores esta frase del ilustre romano y ella ha debido inspirarles lo que hoy conservamos como una sagrada tradición.

Hermoso elogio, el que ha hecho el recipiendario, del Doctor Crispín Ayala Duarte. Muy poco podría yo añadir a todo cuanto ha sido dicho por el Doctor Prado; sin embargo, yo que tuve el envidiable privilegio de suceder en esta Academia a otro ilustre representante de esa ejemplar familia venezolana, el Doctor Hernán Ayala, quiero

hacer propicia la ocasión para aportar mi modesto tributo al homenaje que hoy se rinde a la memoria del Doctor Crispín Ayala Duarte. "Cifra armoniosa de un hogar modelo", nos dice el Doctor Prado que fue su predecesor. Igual cosa podemos decir de muchos de los miembros de tan privilegiada familia. Modestos, como los verdaderos sabios, austeros en sus costumbres, trabajadores incansables, dotados de las más nobles virtudes, tales han sido los Ayala que, con su presencia en nuestra Academia, han realizado el prestigio de tan ilustre Corporación. Al inclinarme con reverencia ante su memoria, ruego a sus familiares aquí presentes aceptar mis humildes elogios como un homenaje de respeto y de admiración.

El tema escogido por el Doctor Prado para incorporarse a la Academia tiene por título "Contribución a la Historia de la Química en Venezuela". Mucho se ha escrito en nuestro país acerca de la historia de la Medicina, de las Ciencias Políticas, de la Literatura, de las Bellas Artes y de otras ramas de la Cultura. En cambio, todavía no se ha escrito la historia de la Química. En ello radica la originalidad indiscutible de la contribución del Doctor Prado.

Véome de nuevo obligado a citar al autor del *De Oratore* para repetir lo que él, en su prosa de inusitada pureza, de riqueza incomparable, y con la armoniosa elegancia de su estilo, decía de la historia: "Testigo de los tiempos, luz de la verdad, vida de la memoria, embajadora de la antigüedad...", y en otra frase: "...es indispensable a la historia no falsificar los hechos, no callar los verdaderos y evitar toda sospecha de favor o de odio al escribirlos".

Fiel a estos preceptos, el Doctor Prado expone en su trabajo la evolución de los estudios químicos en nuestro país. Revela el autor su profundo conocimiento del estado de las ciencias, al terminar la sangrienta contienda independentista y la preocupación del Libertador-Presidente por la supervivencia y el progreso de nuestra cultura. Refiere el Doctor Prado la obra realizada por la misión integrada por Boussingault, Roulin, Goudot y Rivera; analiza el contenido de la "Memoria" redactada por Rivera, Boussingault y Roulin sobre el *urao* y estudia minuciosamente todos los datos recopilados por el insigne peruano. Muy interesante e instructivo resulta el análisis de la obra de Vargas y de su escuela.

Con razón, dice el autor, que la personalidad más eminente que ha producido Venezuela en el campo de la ciencia química, en el

siglo XIX, es el Doctor Vicente Marcano. Con lujo de detalles, presenta el Doctor Prado la obra de ese preclaro venezolano quien, como tantos otros varones ilustres de nuestra nacionalidad, tuvo que sufrir el embate de las dificultades de índole política, pero de esa política mezquina, que en repetidas ocasiones han echado por tierra más de una carrera de brillante trayectoria.

La inestabilidad casi crónica de nuestra estructura política y social, debida a los vandálicos excesos de zafios caudillos, rodeados del clásico enjambre de lisonjeadores serviles, ha sido con demasiada frecuencia la causa del destierro, voluntario o compulsivo, de muchos de nuestros compatriotas más ilustres, quienes, antes que medrar a la sombra del tiranuelo de turno, sea éste civil o marcial, prefieren huír de la vorágine insaciable de nuestras rastreras contiendas y buscar asilo en tierras más propicias que, gracias al generoso empeño de sus hijos, han llegado a ser centros de luces y de sanas inquietudes.

Describe igualmente el Doctor Prado, en su trabajo, la carrera de su maestro, el Doctor Antonio Pedro Mora, discípulo de Don Vicente Marcano, cuya obra analiza de manera integral. Uno de los capítulos más interesantes y más originales del trabajo del Doctor Prado es el que se refiere al "Laboratorio Municipal", fundado por decreto del Gobernador del Distrito Federal, el 10 de diciembre de 1890. Este nuevo instituto de química, al servicio de la colectividad, tuvo como primer Director al Doctor Vicente Marcano, a quien habría de suceder el Doctor Antonio Pedro Mora.

Es el Doctor Prado quien, por vez primera, ha logrado reunir todos los datos históricos que se refieren a ese Laboratorio y, por ello, he dicho con anterioridad que este capítulo es uno de los más originales. Algo análogo debe decirse de la historia de los cursos de "Expertos Químicos" minuciosamente compilada por el Doctor Prado.

Al separarse el Doctor Mora de la Dirección del Laboratorio, fue su sucesor el Doctor Andrés Germán Otero, cuyo bien merecido elogio ha sido hecho en frases por demás elocuentes, en el discurso que acaba de pronunciar el Doctor Prado. Cuando, en 1942, el Doctor Otero pasó a otro cargo, lo sustituyó el Doctor José Lorenzo Prado, desempeñando éste la Dirección del Laboratorio con extraordinaria competencia, hasta la fecha del 30 de septiembre de 1959, cuando fue premiada su larga y tesonera labor con una honrosa jubilación.

Doctor José Lorenzo Prado:

En nombre de nuestros colegas académicos y en el mío propio, os doy la más cordial bienvenida y os invito a ocupar el sillón que os aguarda en esta Academia, la que hoy abre bien amplias sus puertas para recibirlos, amplias como la infinita vastedad de vuestra llanura nativa, de esa llanura venezolana de la que uno de nuestros más distinguidos hombres de letras dijera que es “toda horizonte como la esperanza; toda caminos como la voluntad” (**).

He dicho.

(**) Rómulo Gallegos.